

Petróleo, la UNAM, el INEEL y LitióMX. También adelantó el desarrollo de plantas demostrativas. El dato merece atención porque muestra un cambio de enfoque. México ya no discute solo quién controla el litio. Ahora empieza a discutir quién puede extraerlo, con qué tecnología y bajo qué arquitectura industrial. Esa transición resulta mucho más importante que la retórica. La eventual entrada del BID puede ayudar justo en esa etapa. Un organismo multilateral no sustituye la geología ni abarata por decreto un proceso costoso. Pero sí puede financiar pilotos, estudios de factibilidad, infraestructura asociada y mecanismos de mitigación de riesgo. También puede empujar estándares ambientales y sociales más estrictos. Ese detalle importa mucho en minería. Un proyecto serio necesita licencia social, agua, trazabilidad y reglas claras. Necesita, además, demostrar que puede producir con continuidad y con costos razonables. Si el BID se involucra de forma temprana, México gana tiempo institucional y mejora su perfil frente a socios industriales y financieros.

La noticia también rescata una verdad incómoda en el debate público mexicano. La minería de minerales críticos no tiene por qué reducirse a un dilema entre extracción desordenada o inmovilidad estatal. Existe una tercera vía. Esa ruta combina control soberano, capital paciente, ingeniería local y procesamiento con valor agregado. Bien ejecutada, la minería puede generar empleo formal, encadenamientos industriales y aprendizaje tecnológico. Puede fortalecer la manufactura de baterías, almacenamiento y componentes. Puede incluso mejorar la posición negociadora de México frente a sus socios comerciales. El problema no está en aprovechar el recurso. El problema surge cuando el país se



conforma con exportar potencial y comprar después la tecnología terminada. Conviene; sin embargo, no vender triunfos adelantados. México enfrenta obstáculos duros. El primero es geológico y metalúrgico. Buena parte de su litio presenta retos de extracción más complejos que los salares sudamericanos tradicionales. El segundo es financiero. LitióMX no ha mostrado aún la capacidad presupuestal y técnica para escalar por sí sola. El tercero es territorial. El desarrollo minero exige agua, infraestructura, seguridad y acuerdos comunitarios sólidos. Incluso reportes recientes advierten barreras regulatorias, escasez hídrica y riesgos de seguridad como frenos para una industria de minerales críticos con mayor ambición. Aun con esas limitaciones, el momento internacional favorece a México. Estados Unidos y México ya anunciaron un plan de 60 días

para coordinar políticas comerciales sobre minerales críticos. El BID, por su parte, intenta construir cadenas de suministro más resilientes y diversificadas desde América Latina. Ambas señales apuntan en la misma dirección. Los minerales críticos dejaron de ser un asunto de nicho. Hoy forman parte de la competencia industrial, de la transición energética y de la seguridad económica. En ese tablero, México tiene una ventaja evidente. Cuenta con cercanía geográfica, base manufacturera y una narrativa pública que insiste en capturar más valor dentro del país. Lo que sigue exige menos consignas y más ejecución. México necesita cartera de proyectos bancables, pilotos creíbles y una hoja de ruta que una minería, energía, ciencia e industria. Necesita también definir con precisión el papel de Pemex. La petrolera puede aportar músculo técnico e institucional, pero no debe cargar sola con otra misión

estratégica sin reglas ni metas claras. Si el BID entra, convendrá usar ese respaldo para ordenar el tablero. La prioridad debe ser construir capacidades, no inflar expectativas. Un proyecto nacional de litio sólo será serio cuando pueda demostrar costos, tecnología, permisos, agua, comunidad y mercado. El anuncio del BID no significa que México ya resolvió su ecuación del litio. Significa algo más sobrio y, por eso mismo, más importante. El país vuelve a ser tomado en cuenta dentro del mapa regional de minerales críticos. Esa sola señal ya vale. Ahora toca probar que el litio mexicano puede dejar de ser promesa política y convertirse en plataforma industrial. Si ese paso se da con disciplina técnica y visión de cadena de valor, la minería puede convertirse en una palanca real de desarrollo y no sólo en otro expediente postergado.